

La espada y el oro
León Trotsky
17 de junio de 1919

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 2, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 95-98. En Vorónezh-Kursk. Publicado en *V Puti*, número 54.)

A propósito de las traiciones en el Ejército Rojo

Nuestro torpedero Karl Liebknecht ha capturado en el Caspio un barco en el cual iba el célebre reaccionario y criminal, general Grichin Almasov, que llevaba una carta de Denikin para Kolchak. Los documentos cogidos serán publicados en los próximos días. Entre otras cosas, Denikin le dice a Kolchak que no deben esperar una ayuda de los Aliados con tropas, porque los mismos Aliados se encuentran ahora en vísperas de “sorpresas” similares a las vividas por nosotros, es decir, en vísperas de la revolución proletaria. Hasta Denikin se ve obligado a comprender y reconocer este hecho: la fuerza militar de la burguesía francesa, inglesa e italiana ha dejado de existir. Los bandidos de la Entente tuvieron que abandonar vergonzosamente Odesa y Sebastopol. Después anunciaron la expedición sobre Petrogrado, y en sus radios y periódicos prometieron que la capital proletaria del norte caería al cabo de unos días. Pero Petrogrado resiste. Su frente es mucho más sólido que hace un mes y las bandas anglofrancesas se ven obligadas a descubrir ante el mundo entero su impotencia militar. Pero esto no significa que los imperialistas se rindan. No, ponen en juego todos sus medios, todos los recursos disponibles, para mantenerse y aplastarnos. Excitan el apetito imperialista de la burguesía polaca, rumana, letona, estoniana y finlandesa para lanzarla contra la federación soviética. Y paralelamente no sólo ayudan a la burguesía rusa y a los kulaks a crear su ejército, sino que se esfuerzan por todos los medios en introducir la corrupción y la traición en las filas de los regimientos rojos soviéticos.

Con ese fin los imperialistas anglofranceses se sirven de ciertos elementos del cuerpo de mando ruso.

La oficialidad del viejo ejército zarista fue dividida por la revolución en tres partes. Una de ellas, bajo la bandera de Kornílov, Kaledin, Krasnov, Denikin y Kolchak, se sublevó abiertamente, con las armas en la mano, contra los obreros y campesinos rusos, y vendió Rusia a los alemanes, primero, y a los franceses e ingleses después. En el otro polo, un grupo de la oficialidad, al que los acontecimientos de la revolución abrieron los ojos, sintió cuán justa era la causa de la clase obrera y se unió a su ejército con honradez y sinceridad. Miles de antiguos oficiales han caído heroica y anónimamente en la guerra civil, luchando junto a los soldados obreros y campesinos. Finalmente, un tercer grupo, un gran grupo intermedio, asustado y desconcertado, escondió la cabeza bajo el ala y trató de ponerse a cubierto de los tremendos acontecimientos que estaban ocurriendo. Cuando las tropas soviéticas resultan victoriosas, cuando las llamas de la revolución se alzan en nuevos países, ese grupo intermedio de la oficialidad comienza a inclinarse hacia el poder soviético (bien por sentimiento, bien por cálculo), y trata de deslindarse por todos los medios de los Denikin y los Kolchak. Cuando las olas de la revolución refluyen momentáneamente, cuando bajo el ataque conjugado de sus enemigos el Ejército Rojo retrocede provisionalmente, entonces el sector sin médula y sin ideas de la oficialidad, mira temerosamente la estaca de Denikin y segrega de su seno nuevos desertores y traidores.

A esto se une la acción del oro anglofrancés y americanonipón.

“Yo compro todo”, dijo el oro; “yo me apodero de todo”, dijo la espada...

Pero la espada de los Aliados quedó suspendida, impotente, en el aire porque la mano obrera que tiene esa espada no quiere descargarla sobre las masas trabajadoras de Rusia. Pero los bandidos anglofranceses han acumulado oro robado en gran cantidad. Y ahora están dispuestos a dar una parte importante de ese botín a cambio del odiado Petrogrado y, después, del Moscú rojo, a cambio de aplastar a la Rusia obrera y campesina. En los antiguos terratenientes y capitalistas, en los generales y funcionarios contrarrevolucionarios, la burguesía de la Entente tiene sus agentes naturales, con su organización, sus ligazones. Obligados por las circunstancias, esos elementos contrarrevolucionarios rusos han hecho no pocos progresos durante el año transcurrido en la actividad conspirativa y clandestina. Con frecuencia logran penetrar en nuestro ejército, como si fueran soldados rojos, para realizar en él una agitación corrosiva apoyándose en los kulaks.

Pero los esfuerzos principales de los Denikin y los Kolchak, agentes del imperialismo, se orientan al personal de mando del Ejército Rojo. Los reveses parciales y temporales que hemos sufrido en el frente sur y en el frente oeste crean condiciones favorables para la labor de zapa de esos agentes. Sin ideas políticas, incapaz de orientarse en los grandes acontecimientos, el llamado oficial “sin partido”, se desconcierta fácilmente, y cuando ve el revés en tal sector del frente, y oye decir que ha habido reveses en otros sectores, llega fácilmente a la conclusión de que todo está perdido. O, más exactamente, los agentes provocadores del enemigo se lo sugieren. Le susurran al oído: “Si quieres salvarte pasa al campo de Denikin y de Kolchak. Allí hay una gran fuerza, allí hay la ayuda de la Entente, allí hay comida y allí hay oro”. En el frente del oeste, donde a través de los puertos bálticos los imperialistas anglofranceses actúan más intensivamente, se han producido en los últimos tiempos algunos casos de traición en el personal de mando. Con el agravante de que los comandantes de los regimientos o batallones no sólo se pasaron ellos mismos al enemigo, sino que le entregaron sus unidades, valiéndose de la falta de conciencia de éstas o de la difícil situación militar en que se encontraban.

Paralelamente, los agentes del enemigo que siguen introducidos en nuestras filas aprovechan esos casos de traición para sembrar entre los soldados rojos la desconfianza y la hostilidad hacia el personal de mando en general. A los unos les dicen: “oficiales, pasaos a Denikin, Kolchak, Mannerheim y Hallen”; a otros les susurran: “¿Vale la pena, soldados rojos, que derraméis vuestra sangre cuando sois traicionados por los mandos?”

Todos los ejércitos imperialistas se descomponen y se pudren actualmente. Sólo el Ejército Rojo se fortalece y se desarrolla, pese a reveses parciales. Lo estamos viendo no sólo en el ejemplo de Rusia sino en la experiencia de Hungría. Allí, después de varios reveses, el proletariado húngaro en armas ha rechazado a sus enemigos y los obliga a retirarse cada vez más. Pero los imperialistas, que no están dispuestos a capitular, tratan de envenenar y descomponer el joven organismo del Ejército Rojo. ¡Vano intento!

La traición de algunos comandantes ocasiona, claro está, un daño sensible al Ejército Rojo. Pero ya no puede quebrantar seriamente su potencia. El aparato militar creado por la clase obrera es ya suficientemente flexible y sólido como para hacer frente a las últimas arremetidas de la fiera agonizante. ¡La traición será aplastada por las fuerzas conjugadas de los soldados, los comisarios y los comandantes mismos!

La inmensa mayoría del personal de mando es honesta y está interesada, más que nadie, en que la traición sea aplastada. Habiendo contraído ya grandes méritos ante el país soviético, esa mayoría no tolerará que unos cuantos miserables propaguen especies venenosas en el cuerpo de nuestro ejército y siembren una desconfianza pánica contra el

conjunto del personal de mando. Mano a mano con los comisarios, nuestros comandantes extirparán de su seno a los mercenarios del enemigo, a los traidores.

La amplia afluencia de comunistas al ejército debe elevar rápidamente su conciencia. Todos los manejos de nuestros enemigos se estrellarán, al fin y al cabo, contra la conciencia de los obreros y de los campesinos avanzados.

Los agentes del enemigo tratan de descomponer nuestro ejército. Que nuestra respuesta sea: *¡Liguémonos más a la masa de soldados rojos!* Hay que enviar a la base, a los regimientos, batallones y compañías (células fundamentales del ejército revolucionario) los mejores militantes; los proletarios comunistas más templados deben ser enviados no sólo por el centro, sino por las secciones y direcciones de los frentes, de los ejércitos, e incluso de las divisiones.

Poner en tensión todas nuestras fuerzas, profundizar nuestro trabajo, crecerse: ¡tal es nuestro programa de acción!

El comandante que cumple celosamente con su trabajo es fiel al ejército y no se vende. El comandante que se conduce negligentemente, o bien es un traidor o es un candidato a traidor: ¡hay que echarlo sin contemplaciones!

El comisario es el dirigente político del regimiento, su inspirador. Soldados y comandantes están a su cargo. Debe estar siempre alerta, montando la guardia de los intereses de la revolución. Si el comisario no es así debe ser reemplazado inmediatamente.

Las células comunistas deben controlarse y depurarse continuamente sobre la base de la experiencia de la lucha.

Tal es la vía que hemos seguido hasta ahora. Y la misma seguiremos en adelante. Redoblabamos simplemente nuestros esfuerzos en lo inmediato, cuando los reveses temporales en los dos frentes indicados provoquen nuevos casos de felonía y de traición.

Si la espada de los bandidos imperialistas no pudo con nosotros, tampoco podrá la traición pagada con el oro anglofrancés.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es